

## Contradictorias aventuras y desventuras de la traves

Lisa Block de Behar  
Universidad de la República – Montevideo

*A Silvia Sanchez, a la  
sabiduría exploratoria de sus  
valiosas travesías que  
cruzan bibliotecas infinitas,  
reales e inciertas.*

La preocupación por el espacio, por superarlo o atravesarlo, y por conocerlo, ha sido, desde los principios del pensamiento, una de las constantes que sigue dando lugar a los ejercicios de la imaginación y de la reflexión más variados. En la actualidad, esa preocupación se ha convertido en uno de los tópicos –en todos los sentidos del término– más interesantes, donde se cruzan la ficción, la ciencia, la tecnología, y las distintas especulaciones que analizan y teorizan sobre el espacio según las diferentes realizaciones artísticas y las disciplinas específicas que las consideran. Son numerosos los cambios que derivan de la crisis plural de un espacio insólito, que no llega a definirse, oscilando entre dimensiones extremas que suscitan profundas resonancias en quienes piensan el presente, la presencia, y sus ambiguas representaciones. Me interesa, en esta oportunidad, observar los movimientos que lo atraviesan, desde una perspectiva predominantemente literaria y a

partir de un discurso inusual, que privilegia la comparación como uno de los procedimientos epistemológicos prioritarios. Las aventuras del conocimiento atraviesan ese espacio complejo y problemático, llevando a cabo travesías que llegan a emblematizar una época de cambios, de deslizamientos disciplinarios y realizaciones que cuestionan el espacio, a la par que lo determinan.

El tema que propone ABRALIC para este noveno Congreso es tan pertinente como ilimitado. Intentaré abordarlo a la luz de varios pensadores que coinciden en meditar sobre el cruce de fronteras reales y textuales, donde se configura un espacio de tránsito y donde el tiempo, efímero, también transcurre; sobre la traducción que, en una publicación reciente es considerada como un milagro; sobre el rescate y la pérdida que esos movimientos y transformaciones implican; sobre la necesidad de entablarlos por medio de comparaciones que, alternativamente, duplican la escritura, que es una forma de dualidad, y padecen su duelo, que es otra.

Desde las audacias náuticas y las crónicas de aventuras que las registran, hasta las vertiginosas y sedentarias navegaciones en internet, la travesía puede abarcar todo lo que nos interesa o incumbe. No solo los diferentes planteos sobre los que se concentra la reflexión contemporánea –y que están mencionados en el programa– sino el acontecimiento de la totalidad en sí que (en el sentido que le asigna Maurice Blanchot al término), dada la extensa variedad de los aspectos involucrados, no le es tampoco ajena. En parte, Roland Barthes preveía, al definir la noción de "Texto", las dimensiones colosales de esa sustancia inasible y en movimiento: "Le Texte ne s'éprouve que dans un travail, une production. Il s'ensuit que le Texte ne peut s'arrêter (par exemple, à un rayon de bibliothèque) ; son mouvement constitutif est la traversée (il peut notamment traverser l'œuvre, plusieurs œuvres)."

Si, en el pasado, quienes pensaron las diferencias hicieron de las oposiciones su razón ideal de hacer; si esas diferencias lograron "cambiar, incluso, las propias condiciones de nuestro pensamiento", llegando a cuestionar el estatuto de la realidad y de sus confines, esa visión ideal no solo alteró el orden disciplinario y los límites epistemológicos. Si son conocidas, asimismo, las coincidencias y rivalidades entre los límites del lenguaje y los límites del mundo, no lo han sido menos los deslizamientos metalépticos multiplicados en las obras literarias o artísticas, donde la ficción penetra, como en un sueño, lo que no lo es. No es difícil advertir que un

cuestionamiento transgresivo ha dejado en suspenso los márgenes de la filosofía y, en consecuencia, siguen vacilando los umbrales del conocimiento y sus teorías, propiciando cambios que los atraviesan, como flechas disparadas en distintos sentidos.

Una experiencia consecutiva, esta vez sin límites, encuentra en las indefiniciones de la travesía, en la metáfora del pasaje, del transporte, del tránsito, de la transferencia, de la traducción y transposición, del traslado y la estadía -que no se oponen-, tanto el cambio como la permanencia que la definen. En tanto que se perfila como una figura del discurso, travesía vale asimismo como metáfora literal (si se admite la ambición retórica de incluir tanto su sentido figurado como el más literal) pero retuerce, además, la cuerda de la llamada "metáphore filante", un adjetivo que no sabría traducir pero que entiendo como la posibilidad de observar la continuidad de una figura a través de un texto y la felicidad de detectar un hilo retórico que conduce el motivo, atravesando tema y tela en todas direcciones -que son sentidos-, para consolidarlo en una trama mayor.

Ya se ha adelantado, en primer término, que, una vez más, una obra magistral, en este caso Grande Sertão, Veredas, y un gran autor, como es Guimarães Rosa, dan lugar a disquisiciones que no solo justificaron el II Coloquio (el "Encuentro intermediario, de julho 2003", en Porto Alegre, como se informa en el programa preliminar) sino justifican las dimensiones institucionales y las derivaciones temáticas del presente Congreso. Más aún, si "la metáfora poética gestada no imaginario rosiano", como ahí se dice, propicia las especulaciones y comparaciones de este encuentro académico, el monólogo interminable de Riobaldo, su soledad en las desolaciones del Grande sertão, como motivo específico de la reflexión crítica, dan lugar no solo a una dicción nacional sino a la investigación sobre una de las más arcaicas o arcanas relaciones entre el discurso y el desierto. En este contexto, en consecuencia, no sería desacertado volver a identificar palabra y desierto en una misma raíz, más mágica y mística que etimológica. Mancomunados en el hebreo original, ilimitables, ambos términos aparecieron unidos en el Génesis, y continúan desde entonces esa unión, como si la palabra solitaria no solo fuera una voz en el desierto sino el desierto mismo.

Resulta curioso comprobar que, a pesar del vaivén de las doctrinas, de las oscilaciones y vacilaciones que las fundamentan o cuestionan, de las iniciativas en que el devenir disciplinario arriesga sus verdades, nuestro

pensamiento siga manteniendo la lógica de una misma estrategia ancestral, instalada desde el pretérito más remoto hasta hoy, según la cual se estima una obra literaria y maestra como punto de partida, como si no fuera posible empezar a pensar y actuar sino a partir de esa totalidad en ciernes que reservan las grandes realizaciones literarias (la Biblia, los poemas homéricos, las tragedias clásicas) consagradas por sus valores poéticos y por el mero hecho de una posteridad que las prolonga.

El procedimiento es tan natural que ni se llega a percibir ese doble movimiento de aproximación y alejamiento que forma parte de la literatura, que parte y se aparta de ella, "dejando a la epopeya un episodio, / una fábula al tiempo", precipitando el conocimiento de una época y de su épica, a la par. Tanto las premisas de la filosofía básica, aquellas a las que se remonta la iniciación del discurso teórico-crítico y que establecieron las bases del pensamiento occidental, como las que preceden a tiempos por venir, determinaron las hipótesis del comienzo, de las que aún preferimos no alejarnos demasiado, concertándolas con las derivaciones que promueven otros usos más fugaces e intereses menos poéticos que la actualidad elabora.

De la misma manera que hace años, en un célebre ensayo, Maurice Blanchot se preguntaba "Où va la littérature ?", ahora, un reciente libro de la UNESCO estructura una pregunta similar: "Où vont les valeurs? Paul Ricœur, que colabora en ese libro, propone modificarle su título para preguntarse: "Par où vont les valeurs?" Le importa más hablar de los trayectos y las posibles errancias, de las rutas atravesadas según orientaciones imprevisibles, que limitarse a hablar sobre un "lugar" en particular. Más que el interés por un espacio dado, le pesa que esa finalidad sea una fatalidad, un destino. Para evitar las confusiones y los "impasses" que llevan a caminos sin salida, orienta el itinerario de ese deambular según "dos polos":

*D'un côté, le fait de la pluralité: il y a des cultures, des langues, des nations, des religions, et nous ne pouvons pas projeter l'état de l'humanité qui ne serait plus soumis à la condition de la pluralité.*

Pero agrega:

*Mais, d'autre part, nous avons un horizon qui est l'humanité, mot au singulier, alors que les cultures sont au pluriel.*

Es difícil sustraerse a hábitos de pensamiento demasiado afianzados o a automatismos de nociones tan arraigadas, sobre todo cuando no se advierten como tales. Sin embargo, a pesar de reconocer la legitimidad de fronteras definidas, necesarias para que se distingan las particularidades propias o rivales y se habiliten los intercambios culturales, Ricœur propone sustituirlas por la idea de *rayonnement*, por esa irradiación que los centros culturales crean, capaces de provocar otras tantas respuestas de centros diferentes, no ya condicionados por la soberanía de algún Estado-nación sino por la definición y el esclarecimiento de sus vínculos interculturales. El aura prevalece sobre el lugar, la irradiación sobre la radicación.

A pesar de las ambiciosas dimensiones del planteo, a pesar de la escasa significación de las partículas gramaticales, esos aspectos, que son los que más le importan, podrían resumirse en la partícula *por*: por esa partícula pasan la travesía, las rutas, el intercambio y los movimientos, la necesidad de optar entre distintos caminos o métodos, todo eso condensado en una sílaba y una precaria función gramatical. Por menor que sea su mención, en esa preposición resuenan aún las especulaciones que hace veinte años formulaba Derrida en Montevideo, a propósito, precisamente, de la "invención del otro". Por cifra una clave de iniciación en ambos pensadores. Empezando por citar el poema de Francis Ponge, "Fable", Derrida partía de la misma preposición, ya que el primer verso de "Fable" empieza por *por*. Repetida, la preposición repercute en el poema, como un golpe, como más de uno. Parece que la repetición machacara el verso, haciendo oír el ruido de la fractura que quiebra no solo el espejo y la fortuna sino la naturaleza ambivalente de la palabra que, aún en las medidas reducidas de la preposición, contrae los dos polos de que hablaba Ricœur:

### Par le mot par commence donc ce texte

Contundente, la aseveración se muestra, está ahí, a la vista, reflejada en una línea de la página como en la superficie de un cristal. El mínimo régimen semántico de la preposición ya dice bastante: *por* no solo indica el desplazamiento de un término por otro sino que es signo de una multiplicación e imprime un movimiento hacia un espacio diferente. En el verso de Ponge se menciona, en primer término, el uso concreto y particular de la preposición. Invocada en segundo término, la preposición cambia de estatuto. Repetida, es origen de una dualidad especiosa que podría denominarse "el efecto de espejo": reflejo y reflexión, imagen y pensamiento, en uso y desuso, coinciden

en la misma voz, en el mismo horizonte de universalidad que Ricœur trazaba para asegurar la universalidad de las pluralidades culturales que están en juego, aun en la expresión más mínima.

Formulado en términos de oportuna actualidad, el cambio de nombres no alcanza a disimular las renunciaciones ni deroga los debates, que se vuelven a encender, entre la postulación de la universalidad y sus querellas o quimeras, entre el infinito y los fines, que no lo niegan, o la finalidad que presumiblemente se procura. Tal vez atisbe en esa pluralidad de fines y finales su especie de eternidad, que oscila entre la historia y la poesía, entre la apariencia y la verdad, entre la observación cautelosa de los límites y las transgresiones más o menos intrépidas que los impugnan. Solidarios, los términos –que también denotan un fin– se requieren recíprocos.

Pero no solo para Ricœur la posibilidad del mayor traslado de valores culturales se produce gracias a la traducción. Dirigida en uno y otro sentido, evitando un "sens unique", que le quitaría la pluralidad de sentidos a una interacción que interesa en tanto facilite esa ida y vuelta, la traducción hace posible el tránsito de una cultura a otra cultura:

*La traduction, c'est la médiation entre la pluralité des cultures et l'unité de l'humanité. En ce sens, je parlerai du miracle de la traduction et de la valeur emblématique des traductions. (...) La traduction ne se réduit pas à une technique pratiquée spontanément par des voyageurs, des marchands, des ambassadeurs, des passeurs, des traîtres et, en discipline professionnelle, par les traducteurs et les interprètes : elle constitue un paradigme pour tous les échanges, non seulement de langue à langue, mais aussi de culture à culture. La traduction ouvre sur des universels concrets, et non pas du tout sur un universel abstrait, coupé de l'histoire.*

De un espacio a otro, sin límites y sin tiempo, la promesa de eternidad no es ajena, sin embargo, al horror de la historia ni a las tempestades que asombran al angelus novus, estupefacto ante las vicisitudes que otros llaman progreso. Por eso, la tarea del traductor asume, en el pensamiento de W. Benjamin, una función mesiánica y anticipa, asimismo, en la calamidad, la trascendencia. Por los trámites de la traducción, Benjamin vislumbraba la lengua del Paraíso, una prelengua, anterior e interior, pura y perfecta, más allá de los pasajes y sus parajes, de los tránsitos y sus trances: la revelación. Es en ese espacio informe, entre lenguas, donde radica la inmanencia de un paisaje primordial.

Similar a "O idiomaterno, o a duras penas, o em outros tempos, o ainda um dia? - Ar.", es aire aural de Haroldo de Campos, quien supo hacer de ese aliento fundacional y familiar, de la concepción de Benjamin, su idioma poético y precursora su prédica teórica.

De la misma manera, Ricœur advierte, en los beneficios de ese traslado, el daño, el "transporte" y, en las aventuras de la traducción, la desventura. Si bien no menciona a Benjamin, o no lo tiene presente, Ricœur alude a una pérdida similar y también previene, en las alegrías de la reciprocidad, la parte del duelo. Son sus palabras:

*Ce que la traduction peut produire (...) c'est l'idée d'acceptation de la perte, l'idée du deuil. Nous avons déjà le deuil de la traduction parfaite. Il n'y a pas de traduction parfaite, on peut retraduire toujours, et la traduction est toujours en marche. Je voudrais étendre l'idée de perte et de deuil au rapport des cultures entre elles.*

A pesar de las tentativas por superar las oposiciones y la tentación a suspender las categorías, en los planteos de Ricœur se vuelve a insinuar el conflicto entre la Idea perfecta y las variaciones de las realidades que ampara, entre la aspiración a las generalidades de la reflexión filosófica y las impostergables eventualidades de la historia, entre lo universal y lo accidental. Rivales y afines, se nutren de las tradiciones propias y ajenas, de la reivindicación y la renuncia. Entre la apropiación y la enajenación, entre la conservación y la pérdida, se conserva la memoria tanto como los olvidos, inevitables e inextricables los dos. Inherentes a la suerte de los hombres, están ahí apuntando hacia una misma meta:

*Le cruel XX<sup>e</sup> siècle européen impose cette prise en compte. La capacité à faire le deuil doit être sans cesse apprise et réapprise. Il faut accepter dans nos échanges culturels qu'il y ait de l'indéchiffrable dans nos histoires de vie, de l'irréconciliable dans nos différends, de l'irréparable dans les dommages subis et infligés.*

*Quand on a admis cette part de deuil, on peut se confier à une mémoire apaisée, au feu croisé entre foyers de cultures dispersés, et à la réinterprétation mutuelle de nos histoires et au travail à jamais inachevé de traduction d'une culture dans une autre.*

¿Es la misma parte, esa parte del duelo que preocupa a Ricœur, la parte del fuego de la que hablaba Blanchot hace más de medio siglo? Fuego y duelo asociados, a través del tiempo, por desapariciones y tragedias que no cesan. ¿Es el mismo duelo el pesar que aflige a ambos pensadores en circunstancias bastante distantes y distintas? ¿Son diferentes las parcialidades de esa hazaña que Benjamin denomina "la tarea del traductor" y que, según el propio Benjamin, es tanto acción como renuncia?

Si los criterios taxonómicos que clasifican las obras literarias según sus atributos ya no son de mayor interés, si la categorización de los géneros tradicionales ha sido desplazada por otros géneros más previsibles o más visibles, se presume más que una transformación sustancial del pensamiento, la instalación de un aparato inestable, itinerante, nómada, que privilegia la travesía como el mejor sitio o situación. Sin embargo, ese tránsito es jurisdicción de la muerte ya que "le nouveau toujours nouveau dissimule une autre expérience, beaucoup plus douloureuse : la traversée de la mort."

Tal vez Blanchot estaba en lo cierto cuando no le concedía a la literatura el derecho a considerarse ilegítima, ya que el hecho mismo de cuestionarse la legitimaba: "La littérature n'a peut-être pas le droit de se tenir pour illegitime." Realización y negación, como el lenguaje que revela y releva a la vez, la literatura se construye sobre sus propias ruinas, como un templo sobre los escombros de otro templo o de otros tiempos. Es el propio Blanchot quien se adelanta a denunciar el lugar común de esta paradoja.

Ya no se intenta ajustar la obra literaria a códigos que pretendían revelar una verdad o adecuarla a las limitaciones de modelos establecidos o describirla según técnicas restrictivas procurando, de esa manera, dejar de lado tanto una visión esencialista como la aporía de los límites.

Aunque desde otra perspectiva, no demasiado diferente, Derrida apunta una situación igualmente paradójica:

*Pour aborder un texte, il faudrait que celui-ci eût un bord. La question du texte, celle qui s'élabore ou se transforme depuis une douzaine d'années, n'a pas seulement touché au bord (scandaleusement, comme "On a touché au vers", annonçait Mallarmé), à toutes ces limites qui forment la bordure courante de ce qu'on appelait un texte, de ce qu'on croyait pouvoir identifier sous ce mot (...)*

Blanchot intenta sustraerse a las vicisitudes de la historia, a la inmediatez de las situaciones compartidas, a la "coincidencia" de

compromisos ocasionales, a la compasión, abogando por un derecho paradójico y fatal: "La littérature et le droit à la mort", es el capítulo final y doloroso donde medita sobre un sacrificio que supera la pérdida porque el texto queda a salvo, aun cuando el conocimiento literario se construya sobre su aniquilamiento. El libro de Blanchot se titula *La part du feu* y, si bien ya no le interesa reivindicar el poder de la literatura, es apenas el poder seguir existiendo de la literatura el que está en juego. El derecho del lenguaje valida "le droit à la mort", la potestad de hacer aparecer y desaparecer le fue conferida, no ya como dos instantes diversos, sino como una misma forma de acción o dicción: la instancia en que el gran desierto las identifica en las consonancias de una misma voz.

La asociación entre pasaje y silencio, entre mutación y mutismo no se verifica solo por la atrocidad de los transportes y deportaciones cometidos por el nacional-socialismo y los desmanes de los colaboracionistas en el siglo XX sino que cuenta desde los orígenes de la imaginación y las palabras que la articulan. Si hablo de un territorio literario, ese territorio es una utopía, la negación de un lugar; el nombre consagra la desterritorialización, que es su naturaleza. Si hablo de quien se arriesga a las aventuras para volver a su patria, es Nadie, alguien que niega como un solo nombre porque "Nadie es la patria". Si hablo de un tiempo, de un lugar, de un hombre, es porque ya no están, explicaría Raymond Queneau. Si en una palabra está todo el río, es el Nilo, y así la nihilización sigue su marcha verbal y mortal. "A chaque être son Non, à chaque bien son mal."

"Que peut un auteur ? Tout, d'abord tout", y es precisamente en esa negación, que es global y total, que "niega la negación del tiempo, niega la negación de los límites." Esa doble negación, que es condición de la literatura, porque fue previamente la de la palabra, es, según Blanchot, la libertad del escritor que se arroga esa potestad de intervenir en el mundo:

*L'influence de l'écrivain est liée à ce privilège d'être maître de tout. Mais il n'est maître que de tout, il ne possède que l'infini, le fini lui manque, la limite lui échappe. Or, on n'agit pas dans l'infini, on n'accomplit rien dans l'illimité...*

Blanchot reconoce en el escritor ese movimiento que va, sans arrêt y, casi sin intermediario, pasa de nada a todo, un passage du rien à tout, casi insignificante.

Si una obra puede cambiar el curso del mundo, tal vez no sería demasiado exagerado afirmar que también una palabra puede cambiar el discurs-

so del mundo o el discurso, tout court. Y, en esta situación de hoy, esa palabra sería travesía o los movimientos que su acción implica. Ambivalente o contradictorio, el término no puede sustraerse a ciertas duplicidades lexicológicas que no eluden los pliegues, que no ocultan una significación excéntrica -o varias- que se presta a la preferencia de un estatuto literario privilegiado y que la pluralidad del diccionario avala.

No solo en travesía se traza ese itinerario lateral y sesgado del viaje. El pasaje, que es devenir, coincide con el espacio de la escritura que permanece. Derrotero es camino en español, una ruta, un itinerario en el mar, pero es también el libro que contiene esos caminos, que son también derrotas. Un tiempo transcurre pero, concomitante, ocurre la fijación en el espacio que le da lugar; es un pasaje que, traducido, es en inglés passage, travesías. El término contrae las dos coordenadas en una: pasaje y paraje, el pasaje es las dos cosas, espacio y tiempo, un pasaje como los que recorrió y celebró Benjamin en París, la capital du XIX<sup>e</sup> siècle, una construcción o un término fetiche que hace de la ambigüedad su desconcertante certeza: ni exterior ni interior, ni público ni privado, ni calle ni casa, sino todo a la vez. Ese devenir todo favorece la comparación que entabla las diferencias tanto como las afinidades para delimitar un lugar compartido, comparado, común. Pasajes, para Benjamin; parajes para Derrida, partes del duelo o del fuego.

Según Ricœur

*Quand on a admis cette part de deuil, on peut se confier à une mémoire apaisée, au feu croisé entre foyers de cultures dispersés, et à la réinterprétation mutuelle de nos histoires et au travail à jamais inachevé de traduction d'une culture dans une autre.*

Tal vez Benjamin sabía que los pasajes de la ciudad no diferían de los pasajes textuales y, por eso, ni elude las citas que los quiebran ni sorprende que ambos se nombren con el mismo vocablo. El pasaje o el paseante atraviesan el edificio como el texto se desplaza y atraviesa otros textos en fragmentos. La comprensión o la traducción habilitan una especie de espacio en movimiento, metáfora del traslado, de transportes, de aviones, ferrocarriles, autos donde el usuario, como en internet, permanece sedentario, pero como si estuviera quieto y arrebatado por la velocidad, sin moverse y acelerado, estático y avanzando a una velocidad pasmosa.

Los pasajes de Benjamin no son solo los de París, son también el cruce de las fronteras que quiere atravesar huyendo, de una persecución a

otra, hasta el trágico fin que a todos nos pesa y monumentalizó Dani Karavan en Passages. Así se denomina la instalación de un Memorial dedicado a Benjamin en Portbou, para emplazar la aspiración de pasar de la violencia a la libertad, de un país a otro país, o de este mundo al más allá, de pasar y no pasar. Parece justo que, siguiendo los pasos de Benjamin, Karavan haya pensado en instalar su obra en un paraje cerca del cementerio donde Benjamin no está enterrado. Erige un "monumento" del pasaje, del lugar y el movimiento, del deseo de abandonar Francia y Europa, para salvarse y salvar más que un manuscrito; es memoria de la vida y la travesía en igual condena.

Tampoco deja de ser extraño que, precisamente, quien hizo de los pasajes de una ciudad ajena un lugar mítico, haya sucumbido en un pasaje que no realizó. Desde las contraseñas bíblicas al contradictorio mot-de-passe que invoca Paul Celan: No pasarán, sentencian los ritos de la palabra y el pasaje: un judío sacrificado, dos, incontables. Antes de la guerra y aún continúa. El mismo totalitarismo los convierte, a Benjamin y a Celan, a ambos, en víctimas de sí mismos, al extremo que apresuraron en su muerte dos penas, confundiendo "la plaie et le couteau", la herida y el cuchillo.

Parte del fuego (para Blanchot) o parte del duelo (para Ricoeur), partes de un naufragio por el que se espera restituir, por el sacrificio, la ofrenda; en la historia inconstante, la de todos, suspendiendo la violencia del enfrentamiento porque aplaza el "reconocimiento mutuo de culturas" que se creen diferentes e ignora, por demasiado semejantes, sus coincidencias.

